

No te apresures a irte de su presencia

Eclesiastés 8:3

Vivimos, sobre todo aquí en los Estados Unidos, en una constante agitación. Nuestras agendas están cargadas de compromisos de todo tipo: personales, familiares, de trabajo, la iglesia, etc. Una expresión que uno escucha a menudo es “¡No tengo tiempo!” Sin embargo, la realidad es que uno en general se ocupa en las cosas que quiere hacer. Y una de las cosas más importantes a las que tenemos que dar tiempo es a estar en la presencia de Dios. Estar en la presencia de Dios nos enseña a no andar siempre de prisa, siempre agotados, pero sin alcanzar mucho. Dios tiene muchas bendiciones para nosotros, pero tenemos tanta prisa que no podemos recibirlas. Hoy quisiera invitarles a no andar de prisa en tres cosas de nuestra vida:

No te apresures cuando ores. “No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios...” (Eclesiastés 5:2a). La oración tiene que ser una experiencia sosegada, tranquila, donde no solamente nos acercamos para pedirle cosas a Dios, sino para aguzar nuestro oído y oír lo que El tiene que decirnos. Tiene que ser una experiencia de comunión, de intimidad con el Señor, donde recibimos inspiración, guianza, paz, fortaleza interior. El fruto de no tener una vida de oración profunda es intranquilidad, apresuramiento, y en consecuencia, malas decisiones. Fuimos creados para vivir en su presencia. En Eclesiastés 8:3, Salomón dice a sus lectores que cuando tengan oportunidad de estar con el rey, no se apresuren a irse de su presencia. Este consejo se aplica también a nuestra relación con Dios, que es nuestro Rey y Señor.

No te apresures en tu crecimiento espiritual. Muchos cristianos se maduran biches (verdes), y tan pronto se convierten ya quieren ser pastores, líderes, misioneros, directores de ministerios. Por este apresuramiento, muchos se quemán en el camino y luego se apartan frustrados. No estaban preparados para las tareas que asumieron. En Isaías 28:16 se nos recuerda que Dios ha “puesto una piedra probada, angular (la primera piedra), preciosa, de cimiento estable”, la cual es Jesucristo. Luego dice, “el que creyere, no se apresure”. El apóstol Pedro, que se caracterizó por apresurarse en tomar malas decisiones al comienzo de vida cristiana, aprendió la lección, y nos recuerda que nosotros somos ahora las piedras vivas (1 Pedro 2:5) que estamos construyendo el edificio del cual Cristo es el fundamento. Para que una piedra pudiera ponerse como parte de una pared, tenía que ser pulida para que encajara bien en el edificio. Deja que sea Dios quien te forme, permítele que sea Él quien cambie todo lo que debe ser cambiado, que sea Él quien forme a Cristo en tu vida para que seas fuerte y firme, una piedra, una columna en la casa de Dios.

No te apresures a tomar decisiones que no estás seguro sin son de Dios. Hay gente, incluyendo por supuesto a los cristianos, que nunca tienen un trabajo estable porque al menor problema o dificultad renuncian. Estas personas toman un ministerio en la iglesia, y cuando las cosas no salen como pensaban, renuncian sin pensarlo dos veces. Hay cristianos que andan de iglesia en iglesia buscando una que les satisfaga exactamente, y por lo general nunca la encuentran. Hay gente que se divorcia por el menor pretexto. Como dijo un conocido presentador de televisión en Colombia: “¡Si un día encuentro un pelo en la sopa, me divorcio!”

Muchas veces, a lo largo de nuestro camino en la vida, nos arrepentimos de haber tomado decisiones a la ligera, sin llevarlas a la presencia de Dios primero. Otros simplemente viven estancados, sin fruto y sin una clara visión para sus vidas. Con certeza, Salomón dijo, “Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del sol tiene su hora” (Eclesiastés 3:1). Y en uno de sus proverbios añadió, “el que se apresura con sus pies, peca” (19:2). No te apresures a entrar en pleitos (Prov. 25:8), ni a enojarte (Eclesiastés 7:9), ni a ser rico (Prov. 28:22).

Andar sin prisas no significa que seamos negligentes. Es un llamado a vivir en la presencia de Dios, quien hará todo que quiere en nosotros, si se lo permitimos. Dejemos que sea la agenda de Dios la que gobierne nuestros días, que sea Él quien guíe nuestra oración, produzca el crecimiento a su tiempo y nos dirija a tomar siempre las decisiones que bendigan nuestra vida y glorifiquen su nombre.